

11° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 05.09.2014

Una sola mirada que roba el corazón de Cristo. Es algo demasiado grande para descuidarlo, para no dedicarle toda la vida, el corazón, las fuerzas, para no comenzar al menos de allí todo lo que vivimos, hacemos, decimos, debemos ser. Sencillamente porque esto nos da la gracia de vivir todo con el Corazón de Cristo. Pensemos en el himno a la caridad de san Pablo y probemos a leerlo con la conciencia de que la caridad, en el fondo, es el Corazón de Cristo, vivir todo con Cristo como Sujeto de nuestro corazón, por lo tanto, con Cristo que ama en nosotros. ¿Qué es el don del Espíritu Santo si no esto? ¿Cómo va a gritar el Espíritu en nosotros "Abba - Padre!", sino porque nos da a vivir la relación con Dios con el Corazón del Hijo (cfr. Mc 14,36; Gal 4,6; Rm 8,15)?

"Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; y si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Y si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; y si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría.

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasa nunca." (1 Cor 13,1-8)

San Pablo describe al hombre falto de caridad como un hombre que no tiene subjetividad, que está vacío, que no es sujeto de lo que hace, de lo que dice, de lo que cree, de los sacrificios, incluso extremos, que puede hacer. Es un hombre que no tiene el corazón como centro libre, único e irrepetible, de la expresión del yo.

Como sugiere Jesús mismo en Juan 15: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

Pero volveremos sobre esto. Concentrémonos solamente en "una sola mirada", dado que es la única condición de esta experiencia increíble de poder vivir con el Corazón de Cristo, más nuestro que el nuestro, porque el nuestro está hecho por Él, para Él y en Él.

Literalmente, el versículo del Cantar no habla de "mirada", sino de "ojo", por lo preciso de la lengua hebrea que, por ejemplo, para decir "paso" dice "pie". Pero es también útil, sobre todo para nosotros, hijos de tanto pensamiento abstracto, llevar el sentido de la relación con Dios a una cierta concreción física, porque nos permite entender que Dios no se contenta con buenos sentimientos, sino que nos quiere enteros: cuerpo, alma y espíritu. Recordemos las palabras de Pablo: "Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la

carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí " (Gal 2,20). Solo si se vive con fe la vida en la carne, también la fe se encarna.

Por lo tanto: "un solo ojo". En el Evangelio de Juan se habla mucho de "ver", "mirar", pero el término "ojos" aparece solo 14 veces, y prácticamente solamente referido al ciego de nacimiento que recupera la vista. Y en el capítulo 9 de Juan, casi siempre los ojos están "abiertos". Solo dos veces se dice que están "untados" de barro (9,6.11). Pero todo comienza con la mirada de Jesús: "Y al pasar, *vio* Jesús a un hombre ciego de nacimiento" (9,1). Y todo se cumple con la mirada con la que el ciego se fija en Jesús que se le revela: "«¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «¡Creo, Señor!». Y se postró ante él." (9,35-38)

El culmen es la mirada del ciego a Jesús que le habla, y que es una mirada unida inmediatamente a la fe y la adoración: "«¡Creo, Señor!». Y se postró ante él". Y sabemos que la fe y la adoración, para san Pablo y san Pedro, son lo que permite a Cristo, al amor de Cristo, al Corazón de Cristo, vivir en nuestros corazones: "Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios" (Ef 3,17-19). "Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza" (1 Pe 3,15).

Pero entre la mirada de Jesús, que ve al ciego, lo ama y lo busca, siempre como a la paloma, en las tinieblas en las que se encuentra escondido, en las que ha nacido, y la mirada del ciego que reconoce a Jesús, hay todo un camino, una apertura y crecimiento de la mirada, que es útil meditar.

El camino de la mirada del ciego de nacimiento parte de la mirada de Cristo que lo ve, lo ama, que no busca justificaciones y culpabilidades – "¿Quién ha pecado, él o sus padres?" (9,2). Para Jesús, esta ceguera de nacimiento es consecuencia, y símbolo, del escondimiento de Adán de la luz del Rostro de Dios, por lo que hace barro, como para devolverle la vista desde el origen, para darle la luz no solo del sol, sino de la presencia de Dios. Lo manda lavarse, no le impone lo primero el verlo rápidamente. Le deja hacer un camino, le deja vivir todo un proceso, en todos los sentidos del término, para que no solo sus ojos, sino su libertad sea capaz de reconocerlo y testimoniarlo como el Señor y la verdadera Luz de su vida.

Quizá aquel hombre no volvió a ver más a Jesús. Aquella mirada adoradora hacia Él fue quizá la primera y la última de su vida, la "sola mirada" que, sin embargo, pudo robar el corazón del Señor. En este episodio del Evangelio de Juan comprendemos que esta "sola mirada" que coge el Corazón es obra de Dios mismo.

La forma Él, con el barro, como ha formado a Adán. Y entendemos entonces que Adán, el hombre, ha sido creado para esto, a imagen de la mirada de Dios, del Rostro de Dios, del Corazón de Dios. Y la obra de la Redención, la obra del Hijo, es precisamente la de recrear y reeducar, quizá a través de las circunstancias hostiles y adversas en las que el hombre se puede encontrar, la correspondencia de la mirada del hombre a Su mirada misericordiosa y creadora, aquella que nos precede, aquella que nos ve incluso antes que lo miremos, incluso cuando estamos en las tinieblas. Ninguna tiniebla nos esconde de Dios. La tiniebla nos esconde a Dios, nos Le esconde a nuestros ojos, pero no a nosotros de los Suyos.

La tentación es la de creer que la tiniebla que nos esconde a Dios, nos pueda hacer invisibles a Él; que Él pueda no vernos, no vislumbrarnos, no estar atento a nosotros. La tentación es la de creer que Dios se esconda porque nosotros nos escondemos. “Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?” (Jn 9,2). Los discípulos razonan así: si él no ve, es porque Dios ya no lo mira, ya no lo ama, lo castiga. Sin embargo: “Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo” (Jn 9,3-5).

La obra de Dios es su luz, y la luz de Dios es su mirada sobre el hombre. La luz de Cristo en el mundo, la luz de Cristo en las tinieblas, es una mirada que busca al hombre, como uno que tiene una linterna para buscar a alguien perdido en la noche. Pero lo busca como Su imagen, imagen de su Rostro. Lo busca como mirada que corresponda a la Suya y, por lo tanto, como corazón que corresponda al Suyo.